

Introducción: El mapa de las complicidades transatlánticas entre el Perú y España

ÁNGEL ESTEBAN Y AGUSTÍN PRADO ALVARADO

*Niños del mundo,
si cae España —digo, es un decir—
si cae
del cielo abajo su antebrazo que asen,
en cabestro, dos láminas terrestres;
niños, ¡qué edad la de las sienes cóncavas!
¡Qué temprano en el sol lo que os decía!
¡Qué pronto en vuestro pecho el ruido anciano!
¡Qué viejo vuestro dos en el cuaderno!*

*Niños del mundo, está
la madre España con su vientre a cuestras;
está nuestra maestra con sus férulas,
está madre y maestra,
cruz y madera, porque os dio la altura,
vértigo y división y suma, niños;
¡Está con ella, padres procesales!*

(César Vallejo)

La tripulación marítima de soldados españoles dirigida por el piloto Bartolomé Ruiz obedeció órdenes de Francisco Pizarro para navegar por los mares del Pacífico Sur y en ese periplo tuvo un primer encuentro con unos balseros tumbesinos en octubre de 1526, quienes pertenecían a los territorios del Tahuantinsuyo. Los españoles quedaron admirados por las ropas de estos pobladores y por la construcción de la balsa, que mostraba signos de una riquísima y desarrollada cultura. Este acontecimiento ocurrido en los mares del Pacífico, al norte del Perú actual, fue el inicio de la relación entre la cultura española y la sociedad andina (que con el paso de los años ha atravesado desde las esferas de la violencia a la identidad de una cultura mestiza e hispana), y la recreación de este hecho quedó registrada en la historia por la crónica anónima conocida como *Relación Sámano-Xerez*, recién editada en el siglo XIX.

La soldadesca que acompañó a Pizarro en su marcha a Cajamarca para encontrarse con el inca Atahualpa, entre 1532 y 1533, estuvo constituida por hombres de guerra y también por algunos letrados, entre ellos el capitán Cristóbal de Mena y el secretario de Pizarro, Francisco de Xerez, cada uno de ellos partícipe de esta marcha a Cajamarca, de la captura y posterior muerte del inca y de las primeras incursiones a los territorios del incario. Al regresar a España ambos soldados, quienes al parecer escribieron sobre estos sucesos en los parajes andinos, decidieron publicar sus relatos. Cristóbal de Mena optó por el anonimato, y en la ciudad de Sevilla, en el mes de abril de 1534, se editó la primera crónica impresa, *La conquista del Perú llamada la Nueva Castilla*; pocos meses después Francisco Xerez, como cronista oficial, editaba su escrito con el título *Verdadera relación de la conquista del Perú*. El título de ambas crónicas empieza a reconocer a este territorio de los Andes con el nombre del Perú, que poco a poco desplazaría a los de Tahuantinsuyo y Nueva Castilla. Estos relatos cronísticos tuvieron sus primeros lectores entre los letrados peninsulares, quienes empezaron a dibujarse una idea de una de las grandes culturas de América, ya que en esos primeros años se escribía en los Andes y se editaba en España.

El insigne Porras Barrenechea escribió en su clásico libro *Los cronistas del Perú (1528-1650)* que las crónicas de la Conquista son la primera historia peruana y que con ellas también se puede decir que nace el Perú. A esta definición deberíamos añadir que tam-

bién surge la literatura peruana escrita. Como se puede apreciar al finalizar la crónica de Xerez, encontramos unas coplas del autor que constituyen el lado tradicionalmente literario de esta crónica. Efectivamente, con los españoles también llegaron las coplas y los romances; incluso una de las crónicas de la conquista, conocida como la *Crónica rimada*, atribuida por Porras a Diego de Silva y Guzmán, está considerada en los nuevos estudios literarios como un poema narrativo. Así lo ha probado el estudio de Óscar Coello (*Los inicios de la poesía castellana en el Perú*, 1999, Pontificia Universidad Católica del Perú). Esta crónica rimada, a la que se ha rebautizado como poema de *La conquista de la Nueva Castilla (1538-1539)*, está escrita además bajo los códigos de la poesía medieval o prerrenacentista (como lo acuñó la medievalista argentina María Rosa Lida de Malkiel), pues el modelo es la copla real y los tópicos provienen del poema *Laberinto de Fortuna*, del poeta español Juan de Mena.

Las crónicas de Indias que se escribieron tuvieron un primer escritor emblemático: Pedro Cieza de León, Príncipe de los Cronistas, quien fue realmente el primer español que viajó por los Andes hasta las tierras del altiplano, recopiló información de diferentes fuentes y escribió la primera historia del incanato, texto al que tituló *El señorío de los incas* (editado igualmente en el siglo XIX, en 1873). Podemos considerar a Cieza como el primer autor español en insertar el mundo andino en la historia universal.

Durante el periodo del virreinato del Perú, Lima, la capital, se convirtió en la primera ciudad letrada. La literatura que circuló en estas tierras definitivamente fue la española, aunque también circularon traducciones. Estas ficciones no circularon exclusivamente en la Ciudad de los Reyes, pues las letras españolas treparon los Andes y fueron conocidas por otros lectores. Entre las primeras novelas de la cultura española que arribaron al continente americano, como lo ha estudiado Irving Leonard en su clásico estudio *Los libros del conquistador* (1996),¹ se encuentra *Don Quijote* (1605-1615), libro que llegó incluso al Cusco, la otrora capital incaica. Los criollos y mestizos letrados (descendientes de los primeros españoles y de los indígenas) pudieron leer esta insigne novela.

1 Editado originalmente en inglés en 1949.

Para aquellas fechas en que algunos ejemplares circularon por el virreinato peruano, el personaje del Quijote empezó a inocularse poco a poco en los imaginarios de los peruanos, como ha sido corroborado con la documentación de la Relación de Pausa, donde se menciona la presencia de un ejemplar del Quijote en 1607 en un baile de un carnaval celebrado en un modesto pueblo de Pausa, ubicado en las serranías del actual departamento de Ayacucho. El Quijote, como lo ha estudiado Eva María Valero en su valioso estudio *Tras las huellas del Quijote en la América virreinal* (2010), recorrió gran parte de las ciudades letradas del territorio americano.

Para ese siglo xvi empiezan a surgir los primeros escritores mestizos e indígenas, quienes han aprendido a utilizar la pluma en la lengua castellana. Fue Gómez Suárez de Figueroa, el Inca Garcilaso, mestizo hijo del capitán Sebastián Garcilaso de la Vega y de la ñusta Isabel Chimpu Ocllo, que viajó a los diecinueve años a España, el primer escritor transatlántico nacido en el Perú. Su máxima obra, *Comentarios reales de los incas* (1609), una visión idealizada del incario, está escrita en una prosa castellana de las más pulcras de la época, y a él podríamos considerarlo como el primer escritor transatlántico. Efectivamente, las lecturas de la cultura europea fueron decisivas para diseñar su relato y, como lo ha explicado con acierto Mercedes Serna (2000), en los *Comentarios reales* se encuentra una herencia humanista que se rastrea desde elementos del medioevo y del Renacimiento.

La otra crónica emblemática es *Nueva crónica y buen gobierno* (1613-1615?), escrita por el indio Felipe Guamán Poma de Ayala. Como ha ocurrido con muchos escritos de aquella época, hasta el siglo xx no se ha encontrado el texto original. Esta inmensa carta al rey Felipe IV es uno de los libros más significativos del periodo virreinal. En este volumen, segmentado en dos partes, la “Nueva crónica” y el “Buen gobierno”, se relata la historia del periodo preincaico, la era de los incas, la conquista y la vida virreinal, y el autor levanta su voz de protesta contra los agravios de los españoles.

Uno de los episodios centrales es el apartado dedicado al diálogo entre Felipe Guamán Poma y el rey español. Podríamos considerarlo como el primer diálogo imaginario transatlántico de la cultura virreinal peruana, que además está graficado en uno de los dibujos que ilustran esta crónica.



Hay muchos ejemplos del diálogo transatlántico entre la cultura peruana y la española durante los años virreinales, como teatro, música, pintura y pensamiento, que no solamente se deben leer como una huella impuesta del mundo hispánico, sino que han de ser considerados como productos *transculturados*, aludiendo al concepto utilizado por Ángel Rama (1982), que sigue permitiendo comprender la peculiaridad de la cultura peruana y del resto de la América Hispana. Por ello, podemos reconocer un barroco andino, espléndidamente representado por la pintura cusqueña o el teatro quechua escrito por los indígenas letrados, aunque nunca representado en el virreinato, sino en los siglos XIX y XX.

Este manto de la cultura española se prolongó incluso después de los años de Independencia y con la naciente República peruana en el siglo XIX. Nuestros primeros costumbristas tuvieron como modelos a Leandro Fernández de Moratín, Mesonero Romanos o Mariano José de Larra, y en los años siguientes otros modelos empezaron a incorporarse a la cultura peruana. Por ello pareciera existir una opinión de consenso entre la comunidad crítica de América que considera que con el surgir del modernismo la presencia literaria española se empieza a evaporar en las letras y cultura peruanas y de Hispanoamérica. Consideramos que esta consigna crítica debe revisarse, aunque no le falta razón con lo sucedido en los siglos XX y XXI.

El primer libro de cuentos significativo de la literatura peruana, *Cuentos malévolos* (1904), del escritor Clemente Palma, fue editado en Barcelona por la Editorial Salvat. Estos relatos de temática fantástica, de terror y de ciencia ficción, donde las huellas de Poe y de Maupassant se pueden percibir, están dedicados mayormente a los escritores españoles más importantes de esas fechas, entre ellos, Miguel de Unamuno, Benito Pérez Galdós, Emilia Pardo Bazán y Juan Valera, aunque la relación con estos escritores mencionados no se limita a un reconocimiento por parte de Palma al dedicarles sus cuentos: la primera edición además estaba acompañada por una carta-prólogo firmada por Miguel de Unamuno, donde comentaba críticamente los aciertos y desaciertos de estos cuentos.

Igualmente podríamos señalar que las casas editoriales españolas tuvieron el interés de autores peruanos que en los últimos años estaban empezando a revalorizarse, como es el caso del escritor Manuel A. Bedoya, quien para los años de la primera década en adelante empezó a publicar novelas de ciencia ficción y policiales en la imprenta Renacimiento de Madrid; otro caso es el del novelista César Falcón, quien se exilió al iniciarse los años veinte, vivió una parte de su vida en España y ejerció el periodismo en los diarios *La Vanguardia*, de Barcelona, *El Liberal*, de Bilbao y *El Sol*, de Madrid y en la revista *España*, que fundó y dirigió Luis Araquistáin, socialista vasco. Incluso ya involucrado en la sociedad española fundó y dirigió el periódico *Verdad* en la ciudad de Sevilla y también estuvo bajo sus riendas el diario *Mundo Obrero*, que fue el órgano de comunicación oficial del Partido Comunista de España. Como escritor publicó en España *Plantel de inválidos* (1921), un conjunto de cuentos, y la novela de corte indigenista *El pueblo sin Dios*.

Los poetas del Perú también estuvieron por España, entre ellos la más grande voz de la lírica peruana, César Vallejo, quien, aunque residió principalmente en París, estuvo en diversas ocasiones en España y participó en el famoso congreso de escritores antifascistas de 1937. *Trilce* (1922), el mayor libro de la poesía de vanguardia hispanoamericana, tuvo una segunda edición en España en 1930, acompañada de un prólogo de José Bergamín y un poema homenaje de Gerardo Diego. En España se involucró con los intelectuales y escritores peninsulares, y algunos de sus libros se editaron en Madrid, como la novela *El Tungsteno* (1930) y el libro de crónicas *Rusia* en 1931.

Involucrado en la guerra civil que estalló en 1936, Vallejo participó en diferentes actividades en favor de la República y dejó su mejor legado para la cultura peninsular: el libro de poemas *España, aparta de mí este cáliz*, que se editó en 1939 en la imprenta de la abadía de Montserrat (Barcelona) después de la muerte del poeta peruano. Este libro es tan significativo que podríamos afirmar que es el mejor poemario en cualquier lengua sobre la guerra civil española.

Otro poeta de la vanguardia peruana que estuvo en España fue Carlos Oquendo de Amat, célebre por su libro *5 metros de poemas* (1927), quien falleció en la sierra de Guadarrama poco antes del estallido de la guerra civil. Por el lado de España también podríamos afirmar que el exilio de los españoles a tierras peruanas también se produjo, aunque no en las proporciones que sucedieron en México o Argentina. No obstante, podremos nombrar a hombres de letras como Corpus Barga, quien llegó a Lima en 1948, donde residiría hasta el día de su muerte en 1975. En Lima sería uno de los fundadores de la Escuela de Periodismo en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. En Lima escribió en varios periódicos y fue un defensor de la República española, y en Perú y España ha sido editada parte de su obra por la editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (Lima), Alianza Editorial (Madrid) y Pre-Textos (Valencia).

En los siguientes años podemos continuar mencionando esta simbiosis entre Perú y España. Un escritor como Mario Vargas Llosa tiene una relación con la Península desde que editó su primer libro de cuentos, *Los Jefes* (1959), en la editorial Las Rocas, en Barcelona. Con el estallido del boom en 1963, donde el primer gran protagonista fue *La ciudad y los perros*, se crea ese vínculo entre los lectores peruanos, hispanoamericanos y españoles. Otro autor que tiene esa vinculación con España es Alfredo Bryce Echenique. Su primera y más importante novela, *Un mundo para Julius*, fue editada por Barral Editores, pero lo curioso es que, para difundir este libro, se creó en Lima una sucursal de Barral Editores que publicó otros textos, lo que sugiere que en los años sesenta y setenta el lazo transatlántico iba pasando de los escritores e intelectuales al mundo editorial. Podemos encontrar en la historia de Barral Editores, en los años sesenta, la presencia de escritores peruanos en su rol de traductores, como sucedió con poetas como Mirko Lauer o la traducción y selección realizada por Antonio Cisneros de la *Antología inglesa contemporánea*.

Las décadas siguientes han continuado con esta mutua presencia entre Perú y España. La poesía de César Vallejo es una permanente referencia para los poetas españoles e igualmente en el mundo académico la obra del poeta peruano ha tenido y tiene diversos estudiosos españoles, como Luis Monguió, Julio Vélez, Francisco José López Alfonso, Juan José Lanz, Carlos Javier Morales y Marta Ortiz. Del mismo modo, se puede mencionar el caso de la narrativa de Mario Vargas Llosa o el aprecio que han ganado entre los lectores, académicos y críticos de España los cuentos de Ribeyro. En Barcelona, el poeta peruano Vladimir Herrera dirigió con Enrique Vila Matas y Cristina Fernández Cubas las revistas barcelonesas *Trafalgar Square* y *Celos* y fundó la imprenta y editorial Auqui, que difundió ediciones artesanales de poetas peruanos como César Moro o Emilio Adolfo Westphalen.

España ha servido como un segundo hogar a escritores como Alfredo Bryce, Fernando Iwasaki, Jorge Eduardo Benavides, Santiago Roncagliolo y Renato Cisneros y a periodistas como Fietta Jarque, quien trabaja para el diario *El País*. Igualmente destaca Gabriela Wiener, quien reside en España y tiene una actividad cultural en diversos géneros, que van desde la crónica periodística hasta la narrativa literaria. En definitiva, los lazos transatlánticos entre Perú y España no han cesado de dar frutos en los últimos cinco siglos.

Hemos dividido este libro en cinco secciones. La primera corresponde a los ensayos relativos al mundo colonial peruano y el Siglo de Oro peninsular, tanto en sus relaciones especulares como en ciertos ecos de aquella época en autores contemporáneos. El trabajo de José Antonio Mazzotti estudia la obra del Inca Garcilaso desde el punto de vista de sus notas manieristas e incluso barrocas, para desplazarlo de la filiación exclusivamente renacentista que muchos críticos de ambos lados del Atlántico le han dado durante décadas. A continuación, Marta Ortiz Canseco recorre todos los modelos de perfección femenina, propuestos por escritores y humanistas españoles en el Siglo de Oro peninsular, en su versión transatlántica, es decir, en la huella que dejaron esos escritos en la sociedad virreinal, tanto desde el punto de vista de la letra impresa como de la normativización de costumbres en la Colonia.

Moisés Sánchez Franco, en el tercer capítulo de esta primera sección, ha desarrollado en su ensayo una aproximación a la presencia del *Quijote* como uno de los referentes entre los escritores modernistas de comienzos del siglo xx, con lo cual posibilita una nueva

lectura donde se gira la mirada a la prosa modernista peruana, que siempre se ha examinado bajo otros moldes literarios ajenos a las letras españolas. Seguidamente, Nazaret Solís Mendoza analiza algunos de los hitos de la influencia de los principales autores del Siglo de Oro español en los poetas de la generación del 50 en Perú, como la huella de San Juan de la Cruz en Jorge Eduardo Eielson, la impronta de Luis de Góngora en Carlos Germán Belli o la presencia de Francisco de Quevedo en Javier Sologuren.

La segunda sección, dedicada a la poesía contemporánea, se abre con un artículo de Carmen María Pinilla, una de las mayores estudiosas de la obra del narrador peruano José María Arguedas, y traza una nueva lectura de la influencia del poeta español García Lorca en la vida y obra de ese autor, el más emblemático escritor del indigenismo peruano. Para ello, Carmen Pinilla ha construido este lazo por medio de la biografía y las cartas de José María Arguedas. Con este texto se continúan mostrando las complicidades literarias que han ejercido los más importantes poetas de la lírica española, a contracorriente de lo que se ha manifestado sobre la tibieza de la influencia de figuras españolas en autores como el peruano, en los que siempre se han buscado otros referentes.

Y del autor central del siglo xx español cruzamos de nuevo el Atlántico para proponer dos versiones del poeta peruano por excelencia, coetáneo de García Lorca. El trabajo de Enrique Cortez analiza el concepto de lo heroico en César Vallejo, desde el punto de vista del marxismo militante y utópico, frente a posiciones más pragmáticas como las de León Trotsky, y lo relaciona con la obra de Nietzsche *El nacimiento de la tragedia*, a través del análisis de *España, aparta de mí este cáliz* y la experiencia de la guerra civil española. El texto de Jesús Rubio tiene un sesgo más personal: relata las peripecias de muchos de los ejemplares de la primera edición de los *Poemas humanos* y, en concreto, del número 125, que llegó a sus manos en el contexto de una cantidad nada despreciable de ejemplares que durante años han sobrevivido, errantes, por la geografía española. El artículo de Ángel Esteban, para finalizar esta sección, muestra el recorrido entre las poéticas de los bardos peruanos y españoles, especialmente del grupo Kloaka, surgido en los años ochenta en el Perú, los poetas peninsulares de fin de siglo y los diversos movimientos culturales, sobre todo los referidos a la música que realizaban, escuchaban y promocionaban los jóvenes de aquella época.

La tercera parte del libro, dedicada a la narrativa y el teatro contemporáneos, se abre con un estudio de Agustín Prado Alvarado, en el que revisa la relación de lector de Mario Vargas con los escritores españoles del siglo xx. Los grandes ensayos y reseñas del premio Nobel hispano-peruano siempre han manifestado una predilección por la literatura francesa y por el escritor norteamericano William Faulkner, el novelista a quien siempre ha considerado uno de sus grandes modelos. Incluso en su valioso, completo y sugerente libro *La verdad de las mentiras* (2002), donde escribe sobre las novelas y cuentos del siglo xx de su preferencia, no aparecen autores españoles. Sin embargo, en este ensayo se demuestra el interés y aprecio por muchas novelas contemporáneas, empezando por libros tan significativos como *Tiempo de silencio* y *Últimas tardes con Teresa*.

A continuación, Eva Valero hace un repaso muy exhaustivo a toda la ya dilatada y brillante trayectoria literaria de Fernando Iwasaki, al que considera transatlántico, transpacífico, transnacional, apátrida y cosmopolita, no solo por el mero hecho de residir en España y tener una doble ascendencia peruano-japonesa, sino por el diálogo constante que hay en sus escritos con culturas de, al menos, tres continentes, con una visión transfronteriza que se desarrolla como suma de identidades, que no implica pérdida o elusión de las diferentes culturas insertas en la suma. Por último, en esta tercera sección, las relaciones entre el teatro español y el teatro peruano son estudiadas por Elena Guichot y permiten establecer estas complicidades transatlánticas en uno de los temas poco cubiertos por la crítica sobre el teatro, que ofrece puntos en común entre el arte dramático español y el peruano.

El cuarto bloque está constituido por testimonios de diversos autores que han tenido una fecunda relación con la literatura y la cultura al otro lado del Atlántico. Mario Vargas Llosa nos cuenta su experiencia en la Biblioteca Nacional de Madrid, cuando realizaba su tesis doctoral; Jorge Eduardo Benavides escribe acerca de los años que pasó en Tenerife, recién llegado a España, del ambiente cultural canario y de los autores isleños e hispanoamericanos en contacto por aquella época, partiendo de los tiempos del *boom*; mientras que Fernando Iwasaki afirma que se considera un escritor peruano que ha abandonado la centralidad que supone escribir desde Lima para hacerlo desde los extramuros de Sevilla, donde todo lo que ha perdido en visibilidad lo ha ganado en seguridad, lo que significa ad-

quirir las lecturas que le interesan, conocer a escritores admirables y disfrutar de las ventajas de un estado de bienestar. Por su parte, Alonso Cueto se refiere a su época juvenil en Madrid como la del descubrimiento del mundo, a finales de los años setenta, cuando la transición política estaba transformando profundamente las costumbres de los españoles y donde el ambiente cultural que se respiraba era muy estimulante. Doménico Chiappe habla, para finalizar la sección, de Vallejo y otros descubrimientos peruanos, al hilo de algunos recuerdos de la infancia y de su llegada posterior a España.

En un quinto y último bloque, Jéssica Rodríguez entrevista a Alfredo Bryce con una serie de preguntas sobre su relación con España desde los años sesenta, elaboradas por ella y por Agustín Prado, a partir de las cuales Bryce describe el mapa de sus afinidades peninsulares, sus amistades, sus conexiones literarias y, en general, su trayectoria vital durante una importante parte de su quehacer artístico.

Bibliografía

- RAMA, Ángel (1982): *Transculturación narrativa en América Latina*. Ciudad de México: Siglo XXI Editores.
- SERNA, Mercedes (2000): “Edición, introducción y notas”. En: Garcilaso de la Vega, Inca : *Comentarios Reales*. Madrid: Clásicos Castalia.